

ANTONIO MUÑOZ MOLINA, ESCRITOR

«La edad no te hace más sabio en casi nada y en eso de escribir menos todavía»

Nació en Úbeda (Jaén) y realizó sus estudios de Historia del Arte en Granada y de Periodismo en Madrid. El éxito literario le llegó ya con su primera novela, *Beatus Ille* (1986), y se confirmó al año siguiente con el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura por *Un invierno en Lisboa*. Otros de sus títulos son *El jinete polaco* (1991), *Plenilunio* (1997), *Ventanas de Manhattan* (2002) y *El viento de la luna* (2006). Ha pasado por la UCM para participar en el Foro Complutense.

Antes de entrar a dar una charla en el abarrotado salón de actos de la Biblioteca Histórica conseguimos colarnos y apartarle de sus fans para hablar con él de literatura. Empezamos hablando de su última novela.

– **Tras leer *El viento de la luna* pensé que cualquier lector varón se identificará con el protagonista, tanto por los sueños que tiene como por el descubrimiento de la sexualidad propia. ¿Cree que es un ejemplo de lo que se conoce como literatura para hombres?**

– La literatura siempre juega con lo específico de la propia experiencia, pero también intenta que el lector sea lo más universal que se pueda. Es verdad que en ese libro está muy presente el despertar de lo masculino, pero se hace en relación a lo femenino. El problema es que últimamente pensamos demasiado en etiquetas y me parece que eso es un empobrecimiento intelectual extraordinario: literatura para hombres, para mujeres, para gays, para lesbianas, para jóvenes... ¿Qué es lo próximo? ¿Literatura para calvos, por ejemplo? Para escribir me interesa mucho ver cómo se construyen las identidades. Lo hice ya en *Ardor guerrero*, donde indagaba sobre cómo nos hacemos hombres, en el sentido cultural de la palabra, mediante la brutalidad, y cómo lo femenino nos civiliza. En realidad lo que nos civiliza es la mezcla.

– **En *Días de diario* cuenta parte del proceso de creación de *El viento de la luna*, y da la impresión de que fue acumulando información y luego tuvo mucha parte de reescritura, de posproducción. ¿Fue así realmente?**

– Ese librito está sacado de un diario mío y fue un encargo de la revista *N*, que pide cada tres meses a un escritor que escriba un diario. Como yo lo hago de manera habi-



J. DE MIGUEL

“Para corregir la vida ya tenemos las novelas”

tual, seleccioné unas cuantas notas de un cierto periodo. En cuanto a la pregunta, mi proceso creativo es realmente así. De hecho, lo

que aparece en el libro es un buen momento, que es cuando las cosas te van saliendo, porque otras veces es todavía más duro.

La entrevista con Philip Roth

En *Días de diario* Muñoz Molina se atreve a contar la entrevista que realizó a Philip Roth, un escritor que admira profundamente. A pesar de eso la experiencia no fue nada buena. Asegura el autor de *Beltenebros* que “fue realmente una frustración”. Eso sí, reparte un poco las culpas, entre él, que puede “ser muy apocado”, y Roth, “que no es demasiado simpático”. Reconoce que además había un problema de fondo en esa entrevista, y es que el libro del que iban a hablar (*La conjura contra América*) a Muñoz Molina no le gusta nada. El escritor considera que era una novela “muy mala, muy demagógica y muy falsa”. “En ella se inventa una contraopía

racista de Estados Unidos y en ningún momento hace referencia a la realidad racista de Estados Unidos en la época en la que se desarrolla la novela, que es la que están sufriendo los negros”. Se inventa que los judíos son perseguidos en Estados Unidos, pero lo que pasaba en la realidad lo obvia, así que el libro no le gustó nada y con eso hizo lo que pudo. “Habría preferido, sin duda, entrevistarle con motivo de otros libros”.

Al menos un poco después, Muñoz Molina tuvo una experiencia satisfactoria, ya que pudo entrevistar a otro escritor que también admira mucho, Don DeLillo, y en esa ocasión sí que salió todo mucho mejor.

– **El libro cubre unas semanas en las que era todavía director del Instituto Cervantes de Nueva York, pero sin embargo no lo nombra en ningún momento. ¿Es porque la experiencia le resultó muy dura?**

– No. En realidad fue muy agradable, en general. Lo que pasa es que no me interesaba subrayar eso, porque no formaba parte de mis preocupaciones íntimas. Al trabajo le dedicaba mis cinco sentidos, pero cuando salía de las oficinas me olvidaba. Me esforzaba por tener la disciplina mental suficiente como para aprovechar el tiempo. Descubrí que cuando tienes el tiempo más escaso te vuelves más disciplinado. El metro era mi biblioteca. Al principio leía un periódico gratuito o algo, pero luego me di cuenta que tenía que aprovechar y me leí una cantidad de libros en el metro que no te puedes imaginar, y no cualquier cosa, sino muchas cosas sesudas y serias como, por ejemplo, *Moby Dick*.

– **¿Es cierto que está escribiendo una novela sobre la guerra civil? ¿La leeremos pronto?**

– Es cierto que estoy en eso, pero no sé cuando lo terminaré. Trabajo mucho y creo que estoy más cerca del final que del principio. Dice Philip Roth que cada vez que se pone a escribir se enfrenta con el aficionado que hay en él, a la insuficiencia del amateur, y a mí me pasa lo mismo. Uno de los descubrimientos de la vida es que la edad no te hace más sabio en casi nada y en eso de escribir menos todavía. Yo no sufro menos

incertidumbre ahora que hace veinte años, quizás sufra más.

– **Mientras llega esa novela, ¿no se ha planteado publicar los diarios?**

– Alguna vez sacaré alguna cosa, pero los diarios como género pueden ser una cosa un poco antipática. En España no hay tradición y además hay una paradoja, y es que todos somos muy desvergonzados en las distancias cortas, pero por escrito todos somos monjiles. Tenemos una mojigatería extraordinaria porque tenemos mucho sentido del ridículo. En Estados Unidos y en Inglaterra sí que se publican muchos diarios, porque a los anglosajones les pasa lo contrario. En las distancias cortas son como una pared, pero cuando se ponen a escribir cuentan unas cosas realmente sorprendentes. De todos modos, el objetivo principal de mis diarios es acordarme de las cosas, porque todo se olvida. Uno piensa que la memoria es un

«**E**scribo un diario para recordar, porque pensamos que la memoria es un aparato de gran fidelidad y eso es mentira»

aparato de gran fidelidad y eso es mentira.

– **¿Así que en los diarios nada de ficción?**

– No, hombre, eso sería disparatado, un poco esquizofrénico como en la que es quizás la mejor novela de Patricia Highsmith, *El diario de Edith*. Ella escribe su diario, pero te das cuenta de que todo es mentira y lo escribe para corregir la realidad. Para corregir la vida ya tenemos las novelas.

– ***Ventanas de Manhattan* es difícil de definir por ser una mezcla entre el diario, la novela y los relatos. Y en su último libro, *El viento de la luna* también rompe los límites de la ficción y *Mágina*, su lugar mítico, parece destaparse definitivamente y convertirse en Úbeda. ¿Ha decidido quebrar la barrera de la ficción en todos sus trabajos?**

– En los dos se juega precisamente con esos límites. En *Ventanas de Manhattan* no hay nada de ficción, pero sí mucho de narración y experiencia. Lo que ocurre es que en España se confunde con mucha frecuencia ficción con narración, y no es exactamente lo mismo, porque un texto puede ser una construcción narrativa muy sólida y no ser ficción. En *Ventanas de Manhattan* es lo que hay, narración sin ficción. En *El viento de la luna*, sin embargo, hay un juego, porque parte de la ficción tiene forma de confesión. Y esos elementos autobiográficos están incluidos en una construcción narrativa que intenta ir más allá de la aventura personal. La ficción sirve para hacer que la experiencia personal sea más general y más inteligible para el lector y a mí me interesaba contar en ese libro mi propia experiencia, pero sólo hasta cierto punto. Por eso me interesaba construir una ficción en la que estuviera contenida la idea del tránsito del tiempo, de una sociedad rural a una moderna, o la idea del despertar a la racionalidad por encima de lo mágico de la infancia y también por encima del oscurantismo de la religión. En los dos libros se juega con materiales de base que son parecidos, que son los de la propia vida.